

Luri, G. (2020). *La escuela no es un parque de atracciones. Una defensa del conocimiento poderoso*. Ariel, 410 pp.

No es tarea fácil reducir a unas pocas líneas las ideas principales de un libro donde cada página se convierte en una revolución, y es que el autor navarro nos brinda, una vez más¹, una mirada diferente y aparentemente tradicional pero profundamente innovadora.

En esencia, el libro sostiene la tesis de la necesaria búsqueda y construcción de conocimiento como eje vertebrador de la escuela. Para la consecución de su finalidad, se ha apostado por una estructura dividida en tres grandes bloques.

El primero de ellos, un análisis — con su respectiva crítica — a los aspectos más relevantes de la educación actual. Los capítulos iniciales analizan la metamorfosis digital a la que están llamadas todas las escuelas para poder seguir paralelamente la estela de la sociedad. Se defiende cambiar todo lo establecido, desde el mobiliario hasta las metodologías. Se busca cuantificar y justificar la innovación con datos y saberes científicos de una validez cuestionable. Para Luri, todos estos avances dejan de lado algo esencial: el conocimiento poderoso que consigue cambiar vidas.

Aunque la figura del maestro y del aprendizaje instructivo estén en jaque, estos resultan imprescindibles y eficaces a la hora de formar a nuestros alumnos.

1. Algunas publicaciones del autor: *La escuela contra el mundo*, Ariel, 2015; *El deber moral de ser inteligente*, Plataforma Actual, 2018; *La imaginación conservadora*, Ariel, 2019.

Todo lo que necesitemos, toda información que se nos requiera, la tenemos en nuestras manos a un golpe de clic; por esto se pasa a cuestionar la posición o función del maestro en la escuela. ¿Qué función tiene el docente si ya no es el único poseedor de los saberes esenciales? ¿Cuál debe ser su lugar ahora que la escuela parece que requiere otras formas de aprender y enseñar? ¿Están los centros educativos preparados y preparando para el paradigma actual? ¿Deben someterse al paradigma actual (sea este el que sea)?

Luri recuerda que, para poder construir conocimiento, se necesita información y alguien —no algo— que la transmita. El acceso ingente a datos instantáneos nos lleva a pensar que la tarea sapiencial de aprender ha perdido su esencia y valor, pero en realidad, hoy es más necesaria que nunca. No se puede buscar conocimiento sin previo conocimiento y «se necesita conocimiento de calidad, para producir conocimiento de calidad.» (p. 31). Desligar al maestro, docente o profesor de esta transmisión es un error que no merece la pena cometer. La relación íntima y asimétrica que se puede crear entre el maestro y el alumno, la humanización de los contenidos que se imparten y la adaptabilidad de cada enseñanza a los requerimientos del alumno sería tarea imposible si no fuese una persona la que realizase la noble tarea de enseñar.

Metodologías incandescentes en las escuelas exilian la figura del docente a un segundo plano, asegurando su innecesidad gracias a la eficacia empírica de estas nuevas formas de enseñar. El problema reside en la falta de rigor

científico que enmarca, en muchas ocasiones, estas pedagogías. Las inteligencias múltiples, el aprendizaje basado en proyectos o el trabajo cooperativo se han rodeado de un aura romántica que dista mucho de la realidad pedagógica. Luri nos recuerda que «ningún diseño por sí solo es una garantía de mejora sostenida» (p. 85). Entonces, ¿Por qué toda escuela ha de sucumbir a las hipnotizadoras pedagogía emergentes? ¿Es necesario ser disruptivo para poder denominarse *buen docente*? ¿De verdad queremos métodos que eximan al niño de todo mérito y esfuerzo por aprender?

El autor acude a datos como PISA, TALIS y otros artículos o informes para desmontar todas y cada una de las falacias que se han introducido en el imaginario escolar en España; valga como ejemplo lo siguiente. Es sabido que la aparición de las tecnologías en el aula ha generado nuevos problemas como el aumento de la distracción o un empobrecimiento de la atención, tampoco existe algún país de la OCDE que, aplicando metodologías basadas en la investigación, haya obtenido mayores puntuaciones en ciencias; por otra parte, PISA 2015 demostró que los alumnos de los sistemas que mejor rinden individualmente son los que mejor rinden grupalmente a posteriori, por consiguiente, se puede afirmar que el trabajo cooperativo no aporta mejora alguna. Estos y otros muchos datos ayudan a avizorar una realidad que no se quiere ver y que está conduciendo a la escuela a un abismo de ignorancia y menosprecio por el esfuerzo, la constancia, la paciencia y el mérito por aprender.

En un segundo bloque de capítulos, el libro nos guía por el camino de la psicología y la pedagogía del aprendizaje. Conceptos clave como la memoria a largo término, la memoria de trabajo, el olvido, la inteligencia o la teoría de la carga cognitiva, son fundamentales para un desarrollo holístico del niño y, por tanto, para su educación. Conocerlos y saberlos aplicar ayuda a entender y discernir entre lo que realmente funciona en la escuela y lo que no.

El término *inteligencia* se considera cuanto menos antediluviano y poco innovador para los tiempos que corren, ya no se puede decir que un alumno es más o menos inteligente. En la actualidad es mejor hablar de inteligencias múltiples como la matemática, la musical o la tan alabada inteligencia emocional. Aunque esta Teoría de las Inteligencias Múltiples carece de unas bases científicas sólidas, pues no se ha podido demostrar que existan y que se diferencien en algo a lo que antes se llamaban talentos o habilidades, la realidad es, según el autor, que sí existe una única inteligencia y que esta, junto con la potencialidad de los demás procesos cognitivos, determinan, en parte, la capacidad del alumno para aprender. La suma de la inteligencia con «la memoria operativa, los procesos ejecutivos y la memoria a corto plazo es perfecta.» (p. 143). Para cultivar la inteligencia hay que regarla con aprendizajes, abonarla con conocimientos y ararla con ejercicios memorísticos que ayuden a fijar contenidos que puedan ser utilizados con posterioridad; y para ello, la repetición y la disciplina —tan temidas en los manuales actuales de

pedagogía— son necesarias. La disciplina, útil para la equidad, el buen funcionamiento de las relaciones sociales y su positiva influencia en las calificaciones, tal y como revelan los datos. La repetición, ejercicio básico e imprescindible para una asimilación plena del contenido, la adquisición de buenos hábitos y la más que necesaria educación de la atención, uno de los grandes males que acechan al alumnado hoy. La crisis sostenida de atención, y de atención sostenida, provocada en gran parte por estas nuevas formas de educar, conlleva unos peligros demasiado inmensos que se deben considerar. La escuela debe ser garante de la capacidad atencional de los niños.

La pérdida de la cultura del esfuerzo, del trabajo individual, del estudio lento, de la clase magistral, la aparición de las tecnologías sobreestimulantes y los ritmos frenéticos de vida, hacen imposible que los niños aprendan a centrar todo su esfuerzo e intelecto en una única acción durante un periodo considerable de tiempo; requisitos indispensables para el estudio y el aprendizaje.

Como tercera y última parte, Gregorio Luri nos aterriza algunas ideas, elogiando la instrucción explícita y esbozando su concepción de *capitalismo cognitivo* y lo que ello conlleva. La instrucción explícita, tan cuestionada, es, sin lugar a duda, la mejor innovación educativa. El maestro como poseedor de conocimiento y transmisor de este es una figura irremplazable en el aula; «Si algo hemos aprendido en educación es el peligro de prescindir de la autoridad en las escuelas, y especialmente de la

instrucción basada en el conocimiento y dirigida por los maestros.» (p. 280), tal y como demuestran diferentes informes. Aunque esto se pueda considerar evidente, para que la instrucción explícita tenga resultados favorables, es necesario respetar una serie de premisas que se concretan: desde la necesaria alta cualificación del docente en la materia que imparte, pasando por la utilización constante del *feedback*, hasta la permanente evaluación del alumno adaptando los elementos de la instrucción al aprendizaje y requerimientos del Otro. Esta, por lo tanto, es una práctica obligadamente reflexiva en la cual el docente debe jugar un papel central y adaptativo para favorecer el aprendizaje del discente. Para llevarlo a término, el autor defiende la realización de exámenes como mejor sistema de evaluación de lo adquirido y, por consiguiente, de evaluación docente. Se ha probado en multitud de sistemas la eliminación de estas pruebas, siendo los efectos desastrosos «pues ignoran el funcionamiento del aprendizaje.» (p. 284).

En las últimas páginas, Luri hace una dura crítica educativa y social a la situación actual escolar haciendo alusión a tres ideas. En primer lugar, afirma, que el gran problema del conocimiento en la escuela reside en la lectura. La falta de lectura, de buena lectura, de niños con hábitos lectores y del aprendizaje con la misma, genera una fuerte barrera entre el conocimiento, la cultura y el niño, más aún si cabe para las clases con menos recursos. En segundo lugar, una defensa del conocimiento como motor del ascensor social. Entender que la escuela no

está hecha para que los niños construyan mero conocimiento, sino «para que los niños pobres aprendan que no pueden aprender en ningún otro lugar el conocimiento poderoso.» (p. 307). El acceso al conocimiento conduce a la libertad, da un verdadero pensamiento crítico; no basado en el omnipresente cuestionamiento de todo, sino en aprender a ser autocrítico, saber reconocer una incoherencia y criticar útilmente para acercarse a la verdad. En tercer y último lugar, el capitalismo cognitivo como suma del conocimiento, la ciencia, las competencias, las relaciones sociales y los valores que engendra una sociedad, se ha convertido en la moneda de cambio del siglo XXI. La única forma de evolucionar en este capitalismo cognitivo valioso es con una educación central y basada en el conocimiento que lleve a la sociedad a un mayor desarrollo intelectual y a un futuro brillante. La escuela debe servir a la sociedad y la sociedad a la escuela. En ella se han de formar ciudadanos, personas ejemplares que contribuyan al bien común y al avance social, tanto económico como moral.

Los datos y afirmaciones que aporta el autor son contundentes y poco

cuestionables. Muchos se llevarán las manos a la cabeza al leer las revolucionarias ideas que aquí se proponen, pero la realidad educativa supera con creces a su ficción. La auténtica revolución de la escuela no pasa por la innovación a cualquier precio, sino por la reflexión profunda y fundada de las acciones que han conducido a un auténtico mejoramiento educativo. Solo echando la vista atrás podremos discernir entre lo correcto y lo atrevido, entre lo innovador y lo revolucionario, entre lo correctamente pedagógico y la extravagancia educativa. La educación debe orientarse hacia la libertad, y «la libertad es, sin duda, algo grande; pero si carece de conocimiento, nos puede conducir a cualquier parte. ¿Y qué padre quiere que su hijo acabe en cualquier parte?» (p. 383). En conclusión, el mensaje final que se desprende de la lectura del texto es claro: sin conocimiento no podemos educar, con todo lo que ello supone. Despreciar, minusvalorar o marginar el saber es un grave error que se está dando en la escuela.

Enrique Alonso-Sainz

Universidad Autónoma de Madrid